



LA EXPERIENCIA ESPIRITUAL EN LOS EJERCICIOS DE SAN IGNACIO.

NOTAS

José Ignacio González Faus

El P. González Faus nos da una visión global del proceso de los Ejercicios. Hemos extraído la parte principal del artículo "Notas sobre la experiencia espiritual de los Ejercicios de S. Ignacio", MANRESA, Enero-Marzo 1980.

INTRODUCCION: CLAVES DE LECTURA

Para llevar a cabo una lectura fiel y audaz de los Ejercicios ignacianos, creo que conviene atender a dos claves hermenéuticas fundamentales.

En primer lugar, el nombre mismo de «Ejercicios» nos invita claramente a no considerarlos como un simple tratado de meditaciones o de «puntos» para la oración. El nombre de 'ejercicios' alude más bien a unas determinadas prácticas, mediante las cuales se intenta llegar a algo. Y ese «algo» es la experiencia espiritual que intentaremos describir en el presente artículo.

En segundo lugar, y en completo acuerdo con lo anterior, el valor hermenéutico decisivo no reside tanto en las materias que se proponen para meditar, cuanto en las peticiones, coloquios y otras observaciones de este tipo, que orientan sobre lo que se pretende conseguir en cada ejercicio o grupo de ellos.

De acuerdo con esta doble clave hermenéutica tan simple, los Ejercicios se nos revelan, efectivamente, no como una «lista de temas sobre los cuales predicar»; sino más bien como **pedagogía hacia una experiencia espiritual**. Y una experiencia que, a su vez, no es puntual sino histórica: va desarrollándose a lo largo de todo un proceso.

Y dentro de ese proceso, cada paso no se encadena con el siguiente por una lógica deductiva y racional; sino más bien, por una especie de lógica «psicológica»; o, si se quiere, por una concatenación afectiva, en la que cada estado anímico suscita aquéllos otros que le complementan, le compensan, o le hacen avanzar hasta la totalidad de la experiencia espiritual perseguida.

Utilizando la clave hermenéutica propuesta, me parece que es posible llegar a una cierta descripción de la 'experiencia espiritual de los Ejercicios'. Ciñéndonos literalmente a su texto, creo que existen tres o cuatro expresiones de san Ignacio, que señalan nítidamente el camino para esa descripción. Ellas nos proporcionan el armazón del presente artículo. Son las siguientes: en primer lugar, la palabra «misericordia» [61], y el «conocimiento interno» [104]. En segundo lugar, la observación de que «la Divinidad se esconde» [196]. Finalmente, el consejo de atender al «oficio de consolador» [224] del Resucitado. Con estos tres o cuatro títulos (los dos primeros son en realidad correlativos, como ahora vamos a ver) tendríamos los diversos capítulos de lo que también cabría retitular como la «Cristología de los Ejercicios ignacianos».

I. — LA MISERICORDIA Y EL CONOCIMIENTO INTERNO

1. — El sentido de la «primera semana»

Para entrar directamente en materia, nada mejor que deshacer un mito que se ha hecho intocable a lo largo de las repeticiones vulgarizadoras de los Ejercicios. Digamos pues que la primera semana no está hecha de eso que antaño solía llamarse «verdades eternas». Nada más peligroso que esa visión de un primer estudio de «verdades rudas», para la tropa, al que luego seguiría una colección de finuras espirituales para los selectos. Pienso que este enfoque dio pie a absurdas manipulaciones del texto; y, lo que es peor, a manipulaciones de las personas, en las que, inconscientemente, se intentaba provocar un estado artificial de temor y de ansiedad. Así se esperaba llegar a aquellas célebres «confesiones generales» con que terminaban muchos Ejercicios; y que proporciona-

ban al Director cierta sonrisa triunfal agradecida.

Pero tales montajes artificiales, en los que se había confundido la experiencia espiritual con la neurosis, se revelaban luego ineficaces para la vida práctica, y muchas veces se desvanecían como agua de borrajas al contacto con ésta: suscitaban más miedo que convicción, más escrúpulos macbethianos que firmeza cristiana. Por eso, el problema de «la perseverancia» era el clásico problema de este tipo de montajes. Más aún, desde un punto de vista teológico, olvidaban algo que es tremendamente serio: que Dios no necesita infundirnos miedo para que le busquemos. Y que si sólo fuese capaz de conseguir que le sirvamos por miedo, el propio Dios sería el gran fracasado.

Lo curioso es que el propio texto de los Ejercicios suministra indicios suficientes para cuestionar toda esa versión degradada del mismo. Por de pronto, en la 'primera semana' de los Ejercicios no hay ninguna meditación de la muerte o del juicio (que tan aficionados eran a dar los antiguos Directores para «completar el impacto»); y ello no nos orienta demasiado hacia un tratado de «verdades eternas». En vez de eso se propone una doble repetición del tema del pecado, que muchos Directores creían poder sustituir por las «verdades eternas» aludidas. Es cierto que hay una 'meditación del infierno', con su célebre petición (que, por lo demás, está encaminada a «no vivir en pecado» y no a «no ir al infierno»); pero esta misma meditación concluye con un coloquio que no es de ansiedad sino de acción de gracias por «cómo hasta ahora siempre ha tenido de mí tanta piedad y misericordia [71, 30]. El infierno lleva pues a la experiencia de la misericordia, exactamente igual que las meditaciones de los pecados concluyen con el «coloquio de misericordia» [61]. Hasta tal punto que, en el texto de los Ejercicios, no existe ninguna meditación posterior sobre la misericordia, como solía presentarse en las primeras semanas tradicionales. La misericordia no es pues una especie de «arreglo posterior» para que no nos desesperemos: es precisamente lo que hay que experimentar en la consideración de los pecados. Este detalle es fundamental y nos orienta decisivamente sobre el sentido de la 'primera semana'. Todavía se ve rubricado por un nuevo indicio: cuando, a lo largo del texto de la 'primera semana', se alude a los afectos o experiencias que conviene suscitar, prácticamente nunca se menciona el miedo; sino más bien estos otros: vergüenza o confusión de sí, lucidez («interno conocimiento») y gratitud (en la pregunta del «qué debo hacer por Cristo»).

De acuerdo con estos indicios, podemos responder ya a la pregunta de qué se trata en la 'primera semana'. Se trata de vivir la doble experiencia del mal y la Misericordia, como ahora intentare-

mos desarrollar. Una experiencia dialéctica, de dos realidades que son inseparables (aunque haya que exponerlas separadamente), porque cada una de ellas desvela a la otra y sólo se revela adecuadamente si está integrada en la otra. Se puede decir que la experiencia es del mismo tipo que la de la primera parte de la carta a los Romanos, donde la constatación del mal universal lleva a Pablo... precisamente a la justificación por la fe.

Esa doble experiencia del mal y la Misericordia, y además en unas dimensiones insospechadas, creo que es el quicio de todo el itinerario espiritual de los Ejercicios; y así trataré de exponerlo en este trabajo. Se trata de una experiencia radicalmente teologal y provocativamente cristiana, que, en el texto de los Ejercicios, está presentada incluso «positivamente» (en el sentido en que Bonhoeffer acusara a Barth de un «positivismo de la revelación»). Ello va a plantear al autor de los Ejercicios problemas de comunicación y de lenguaje. Pero esta dificultad no impide la obstinación cristológica con que son propuestos los Ejercicios: lo que se trata de contemplar en esta primera semana no son «verdades eternas», sino **el crucifijo** [53].

Desde aquí se hace lógica la busca de determinadas experiencias humanas que puedan hacer de andadera hacia esa difícil experiencia (difícil en sus increíbles dimensiones y en su carácter dialéctico) del mal y la Misericordia. Esa tarea pedagógica es la que deben desempeñar las célebres meditaciones de los pecados.

En ellas no se trata de asustarse por comparación con el castigo de otros. Así se las ha presentado demasiadas veces: «tres» pecados con su castigo, y «mis pecados» ¿con qué castigo? En mi opinión no es esa la lógica que impera en el texto; y es significativo, por ejemplo, que san Ignacio no hable de «tres» pecados, sino de considerar «el primero, segundo y tercer pecado» [45], dando con ello cierta trama histórica al mal, por la que el pecado conocido empalma y se ve trabado con el pecado metahistórico. Es muy posible que en una situación cultural que ya no es de cristiandad sino de diáspora, y donde la misma noción de pecado se ve tan borrosa, resulte mejor invertir el orden del «primero, segundo y tercer pecado». Pero de lo que se trata no es de someterse a ningún tipo de tortura psicológica (aun cuando **en la realidad** sí que existe algo que es objetivamente aterrador); sino de captar la magnitud del mal histórico, y de captarla como vinculada con misteriosas raíces trascendentes, de modo que se perciba que ese mal «intrahistórico» (Auschwitz, Siberia, Vietnam, la miseria y la opresión de clases...) no resulta adecuadamente reducible a la culpa humana, por un lado, sino que parece desbordarla;

pero conecta, por otro lado, con toda esa trama de pequeñas envidias, mezquindades, egoísmos, desprecios y opresiones medianas o pequeñas de los demás, que constituyen nuestra vida y nuestra culpa de cada día. Se intenta percibir el mal de la historia a la luz de su inexplicabilidad, de modo que se sienta la impotencia ante algo que es superior a nosotros, que es como «trascendente»; pero que es, a la vez, lo universal y lo cotidiano. Tan cotidiano, que casi resulta imperceptible: como el aire mismo que respiro viciado, ya insensiblemente, pero que a mi vez voy contribuyendo a viciar hasta producir un proceso que termina en la asfixia.

Aceptar esta especie de permeabilidad del mal, por la que el justo cae siete veces, y el revolucionario también, es enormemente difícil. Pero puede ayudar el comprender que esa aceptación no apunta a crear una neurosis de culpabilidad (con ella, en el mejor de los casos, estaríamos otra vez en el terreno de las «verdades eternas», pero ya no en el de la Cristología); sino que pretende crear una sensación como de impotencia o de «vergüenza y confusión» (es el término ignaciano) ante el propio ser hombre. Y debe ayudar también la superación de la noción actualista del pecado, que la moral moderna va llevando a cabo, y que es muy antigua: la inmensa mayoría de las veces, el mal no se «comete» cuando se realiza el acto malo; éste es sólo el término ya lógico de un proceso semiconsciente de pequeñas opciones y grandes justificaciones; que, a la larga, van llevando a convertir en lógico, en coherente y quizás en necesario el mal que se cometerá más tarde. La gran fuerza del mal en el mundo reside en esos procesos misteriosos, aparentemente ajenos a él y a veces semiconscientes, por los que un día llega a hacerse plausible o necesario. Como el Dr. Balmy de Buero Vallejo, o como Erik Dorf, el abogado de las S.S. en *Holocausto*, el hombre nunca se entrega a la monstruosidad por ella misma; sino como resultado de un proceso sutil que la ha hecho supuestamente lógica o necesaria, y la ha desprovisto de su carácter terrible. A compensar esto va precisamente el «triple coloquio» ignaciano del n.º [63].

Quien revela esa increíble fuerza explosiva del mal, del mal nuestro de cada día, es precisamente la Cruz: la misma imagen del Crucificado, a cuya luz leyó Pablo el pecado de paganos y judíos, el pecado de la «sabiduría», y también el de la «religión» humana. En mi opinión, no entendería nada de esta 'primera semana', quien pretendiese ver en ella una serie de consideraciones racionales o de argumentaciones filosóficas sobre el mal. El pecado es «revelación». Y es simplemente el Crucificado, quien revela que ésta es una humanidad donde al Justo se le quita de en medio porque molesta, porque concita iras, por la razón que sea.

Esa estremecedora experiencia del mal, es sólo el reverso de la otra experiencia, de la otra dimensión de la Cruz en cuyo seno se revela: la experiencia y la seguridad de que la Misericordia baña al mundo. Le baña y es más fuerte que el mal. Le baña y es su verdadera atmósfera, que todavía es posible respirar en algún momento, aunque para eso haya que salir de esa trivialidad de cada día, en la que sólo se respira el aire polucionado por la obra humana. La Misericordia baña al mundo, es más fuerte que el mal al que soporta y al que sufre para desactivar su aguijón. Es posible dejarse envolver por esa Misericordia, apostar por ella, ser salvado por ella. Sólo esa Misericordia que, a pesar de todo, envuelve al mundo, sólo ella, y no la fuerza ni la razón del hombre, es más potente que el mal. Todo eso sólo lo revela definitivamente el Crucificado. Por eso todas las meditaciones de los pecados apuntan y nos llevan a un «coloquio imaginando a Cristo delante y puesto en cruz» [53]; y ese coloquio es un coloquio «de misericordia» [61]. El Crucificado como expresión, no del dolor físico, sino del anodamiento de Cristo: el Revelador que no vino «como Maestro», habló como Maestro y se fue como Maestro; sino que vino como «uno más», como pobre, no habló sino que fue reducido al silencio, y se fue como el último... Pero en eso estuvo su revelación.

En definitiva es innegable que esa doble andadura por el mal y la Misericordia, tiene también un nivel de experiencia meramente humana, o puede valerse de una gramática hecha de experiencias humanas. Pero la experiencia humana queda distorsionada —y transformada— por la fe. La fe dice, contra todas nuestras resistencias y «razonabilidades», que el mal es mayor de lo que queremos creer. Pero dice también que la Misericordia es más fuerte, contra lo que permite palpar la vida real, puesto que la Misericordia es menos ruidosa y menos frecuente. Eso fue lo que se manifestó en Jesús. Y con eso la vida humana queda transformada.

El Crucificado es pues revelador de ambas dimensiones: de la profundidad trascendente del mal (que lleva a hacer el triple coloquio o la triple petición de lucidez sobre la **calidad** del mal, sobre el desorden **propio** y sobre el desorden **establecido** como «mundo» [63]; y de la realidad victoriosa de la Misericordia (que por eso no lleva a preguntar cómo salgo de aquí, sino «qué voy a hacer por Cristo» [53]). El pecado se revela en su liberación, bartianamente si se quiere, pero también muy paulatinamente. La 'primera semana' de los Ejercicios es pues ya radicalmente cristológica: el Crucificado es la síntesis de ambas experiencias. Las otras semanas, que tienen ya una temática expresamente cristológica, no van a ser más que un desarrollo de esta experiencia de la primera.

2. — El «conocimiento interno» de la Misericordia

La 'primera semana' no lleva pues a aquella «confesión general» más o menos estereotipada; sino que conduce al «ejercicio» más importante y más característicamente ignaciano: la meditación del «rey temporal», que hace de introducción y de clave de lectura para la 'segunda semana'. Ignacio se ha volcado en ella incluso al nivel de la expresión literaria, que está transida de las fantasías de caballeros andantes y de hazañas militares a que él había sido tan aficionado. Pero hoy, esa misma expresión literaria hace el ejercicio muy incomprensible para nosotros. Por lo que otra vez resulta necesario recuperar su función dentro de la trama experiencial que estamos intentando presentar.

El estado anímico del ejercitante, cuando ha pasado por el doble impacto del mal y la Misericordia y por la seguridad del triunfo de ésta, es un estado de gozo, de alivio, de gratitud. Y este es precisamente el momento para decirle que esa Misericordia, esa voluntad amorosa más fuerte que el mal, **sólo actúa por los hombres y a través de los hombres**: a través de Jesús en primer lugar, y a través también de todos cuantos quieran vivir como El y para El. Este es el significado de la meditación del rey temporal. A partir de ella se espera que en el ejercitante vaya tomando cuerpo la decisión de hacer de su vida un cauce y un servicio de la Misericordia. Esta decisión irá teniendo, a través de la experiencia de toda la 'segunda semana', una especie de proceso de gestación que quizás conducirá al nacimiento de determinadas opciones o «elecciones» (cf núms. 163 y 164) concretas (eso dependerá en definitiva de la situación en que se halle el ejercitante). Esta especie de proceso de gestación se produce por el contacto con la vida y persona de Jesucristo.

Por consiguiente, el sentido de toda la contemplación de la vida de Jesús no consiste meramente en extraer de cada pasaje una serie de «consideraciones piadosas» más o menos alegóricas. Eso sería una peligrosa ascética. Su sentido es más bien el descubrir efectivamente a Jesús como la Misericordia en acción, como auténtica transparencia de la Misericordia. Esto es lo que expresa la repetida petición de toda esta semana: el famoso «conocimiento interno del Señor». El conocimiento interno son esos ojos que necesitamos para ver en El la Misericordia en acción.

Hay, por tanto, una perfecta trabazón, más psicológica que lógica, entre 'primera semana', meditación del 'rey temporal' y 'segunda semana': Jesús no es contemplado como «modelo» ascético a imitar, ni como maestro que da lecciones; sino como opción última que seguir, y como piedra angular que construir y por la que

apostar: la victoria de la Misericordia sobre el mal. Todos los Ejercicios se encaminan precisamente a alimentar esa decisión, a sopesarla y a confrontarla con los obstáculos e impedimentos que puedan ir surgiendo a lo largo del proceso.

El mismo texto de los Ejercicios sugiere para ello un esquema de meditaciones, que abarca, en cierto modo, la totalidad de la vida de Jesús [261-289]. Ello nos permite insistir en que, mucho mejor que considerar pasajes concretos, lo que ayuda es contemplar aspectos globales de la vida de Jesús, actitudes y objetivos que definen a esa vida y a través de los cuales se adquiere ese «conocimiento interno» que descubre a la Misericordia en acción.

Ya hemos dicho que esta especie de convivencia ha de ir configurando en el ejercitante la decisión de hacer también de su vida un cauce de la Misericordia. Las restantes semanas de los Ejercicios apuntarán a robustecer esa opción. Pero antes, tanto si esa opción va a traducirse en unas elecciones concretas como si no (ya dijimos que eso dependerá de la situación personal de cada ejercitante), los Ejercicios intentarán dar a esa opción el máximo de lucidez. Para ello, la línea de contemplación de la vida de Jesús se completa, en esta 'segunda semana', con una nueva serie de ejercicios que intentan desenmarcar los verdaderos obstáculos del seguimiento de Jesús. Estos ejercicios son las meditaciones llamadas de «dos banderas» y de «tres binarios» o clases de hombres.

Su lenguaje es también muy extraño. Pero su intuición creo que es tan simple como rica. Con terminología moderna diríamos que la meditación de 'las banderas' intenta desenmascarar los obstáculos de tipo **estructural** que dificultan el seguimiento de Jesús; y está llamada a ser, en definitiva, una especie de crítica de las ideologías. Mientras que la meditación de los 'binarios' intenta desenmascarar los obstáculos de tipo **personal**; y constituye, en definitiva, una especie de análisis del subconsciente. Marx y Freud están pues pre-nunciados en cada una de estas meditaciones; las cuales, antes de tomar ninguna decisión, quisieran suministrarnos la máxima dosis de lucidez ante la increíble capacidad de autoengaño del hombre, tanto a nivel personal como comunitario.

¿Por qué es preciso desenmascarar la capacidad humana de autoengaño? Porque en fin de cuentas —y esto me parece muy profundo— «el pecado es la mentira»: esa enorme pendiente de mentira en la que nos movemos, y a la que también nosotros alimentamos y agudizamos. Retomando lo que ya se atisbó al hablar de la «historia de pecado» (el primero, el segundo, el tercero y el propio...), se le hará comprender ahora al ejercitante, que el mal y el pecano no consisten en «la transgresión», sino en la fuerza que la ha hecho real.

Esta consideración se hace más necesaria a estas alturas del proceso del ejercitante: pues en estos momentos de descubrimiento de la Misericordia y de Jesús, nadie abandonará el seguimiento por una opción directa contra él; nadie llegará al mal directamente, sino a través de un proceso complicado y sutil que lo propicia, le va dando cuerpo y va haciéndolo cercano, coherente y, en definitiva, aceptable.

Una palabra pues sobre cada una de las dos laderas de esta pendiente.

a) **En el terreno estructural** (meditación de 'dos banderas'), el proceso descrito por san Ignacio puede esquematizarse así: lo que hace posible el mal es el poder, y lo que hace posible el poder es la riqueza. Y este esquema encierra toda la siguiente complejidad.

Hay una larga lista de realidades (salud, fuerza, poder, cultura, riqueza, sexualidad...), que en sí mismas no son malas, a veces son incluso positivamente buenas y, en muchas ocasiones, vienen exigidas por las estructuras de la realidad sobre la que trabajamos. Pero sin embargo, en la medida en que el hombre convive con ellas, usa de ellas y se acostumbra a ellas, le crean una dinámica interior favorable al egoísmo, contraria a la dinámica del seguimiento de Jesús, y capaz de apartarle de él y de llevarle a lo que san Ignacio llama «todos los vicios» [142].

La realidad humana es así y Dios no la cambia para nosotros. Tampoco es posible renunciar de raíz a todas esas dimensiones ambiguas de la vida: no es posible, porque ellas pueden ser fecundas y el amor está obligado a ser eficaz, al menos dentro de algunos límites. Hacer de la propia vida una transparencia de la Misericordia pide un mínimo de visibilidad y de eficacia para esa Misericordia. Puede ser mejor un amor que acepta mancharse las manos por el hombre, que un amor a quien su afán de pureza condena a la ineficacia. Los purismos tampoco conducen a nada; y por eso, no es posible renunciar de golpe a todas esas realidades o medios ambiguos. Es preciso enredarse en su dinámica, aun a riesgo de caer en ella, y de que el amor que aceptó mancharse las manos termine por mancharse a sí mismo o por mancharse no las manos, sino los corazones, destruyéndose entonces como tal amor. Nos hallamos pues ante una de esas situaciones en que sería más fácil y más cómoda una renuncia radical, aun por heroica o dolorosa que fuese; pero donde quizás se nos exige lo más difícil que es lo contrario: permanecer al pie del cañón, moverse entre todos esos medios que en sí no son malos sin más (ya dijimos que pueden ser positivamente buenos y eficaces), pero que actúan sobre nosotros en forma que favorece al egoísmo.

Esta es la realidad humana, que Pablo veía como marcada por una «necessitas instans». Si Dios no saca al creyente de esa ambigüedad, entonces es imposible contener el mal a base de prohibiciones: lo verdaderamente decisivo es saber cuándo y dónde hay que pararse. Pero precisamente eso es lo que está obstaculizado por la misma dinámica en que uno se halla metido. Entonces, la justificación que quizás antaño fue legítima, pasa ahora a jugar un papel «encubridor» en el sentido marxista de la ideología. Sólo un corazón absolutamente limpio podrá captar cuándo la justificación tiene su dosis de validez en medio de la ambigüedad de la vida, y cuándo está ya comenzando a ser ideología o «el pecado que es la mentira». Es conocido cómo los Ejercicios intentan mantener la pureza de ese corazón a base de hacerle desear lo contrario de lo que quizás se verá obligado a hacer (humillación, carencia, etc.). Pero lo decisivo y lo importante es la sensibilidad ante el engaño ideológico, supuesto que el proceso por el que éste comienza a producirse es un proceso necesario.

b) Junto al engaño estructural, actúa como segundo obstáculo el engaño personal, para el que tiene el hombre una capacidad infinitamente mayor de lo que sospecha y de lo que está dispuesto a conceder. La meditación llamada 'de tres binarios' es, en realidad, una meditación sobre el segundo de esos tipos de hombres: aquél en quien la capacidad de autoengaño desata una astucia increíble y no reconocida, que le lleva a poner absolutamente todos los medios menos el único que tiene que poner. En medio de su inexpresividad, san Ignacio resulta brillante en las pinceladas con que retrata a este hombre: quitar el afecto sin perder la cosa, hacer la voluntad de Dios de tal manera que coincida con la propia... etc. [154]. La contemplación de este personaje no pretende más que volver lúcido al ejercitante sobre su capacidad para segregar justificaciones y para creérselas, sobre aquello que Freud llamaba buscar siempre otra cosa de lo que se dice pretender (y que no tiene por qué ser necesariamente el sexo, aunque sea siempre una forma de autoafirmación), hacerle atento a los continuos bloqueos ocultos y seducciones secretas que actúan en él, y que intentarán seguir actuando en él, no contrariando su opción por la Misericordia, sino valiéndose de ella misma. También aquí se puede intentar compensar el afecto tratando de inclinarle al otro extremo de aquél al que tiende, también se puede contemplar a Jesús: su capacidad de goce y de uso de las cosas, etc. Pero creo que lo definitivo, y lo único que puede seguir siendo eficaz a la larga, es la sinceridad brutal y la lucidez sobre uno mismo, mucho más que las mil ascéticas concretas que duran poco. La seguridad de que, a la larga, en la vida vale más una debilidad lúcida que una inocencia engañada; porque la debilidad lúcida nunca podrá

sentirse cómoda, mientras que la inocencia engañada, si no deja de ser engañada, acabará por dejar de ser inocencia, aun sin haber cómo ni cuándo.

Este ejercicio se sitúa precisamente aquí no sólo por la inmediatez de unas eventuales elecciones; sino porque, a estas alturas de la experiencia espiritual, el ejercitante ha de ser ya capaz de aceptarse a sí mismo, capaz de autoconocerse por cuanto sabe que autoconocerse ya no significa autovalorarse, puesto que el propio valor (la «justificación») reside en la Misericordia experimentada. Mi valor ya no está en cómo soy; sino, en todo caso, en qué hago y qué amor construyo con aquello que soy.

Si, a esta altura de los Ejercicios, ha de tomarse alguna decisión, entonces el paso por este doble descubrimiento —crítica de las ideologías grupales y de los mecanismos inconscientes de autoengaño— no deberá prejuzgar la decisión que haya de tomar el ejercitante; sino simplemente **ponerle en situación de decidir**. Si no ha de tomarse decisión alguna concreta; sino más bien, esa opción general de hacer de la propia vida un cauce de esa Misericordia, que sólo actúa por los hombres y a través de ellos, entonces la doble meditación de 'banderas' y 'binarios' comienza a curtir al ejercitante para esa orientación de su vida. Y decimos sólo que comienzo, por cuanto esa labor de consolidación está reservada propiamente a la tercera y cuarta semanas, como ahora vamos a ver.

II. — LA DIVINIDAD QUE SE ESCONDE

Resumamos una vez más cuanto llevamos dicho: la 'segunda semana' quería entusiasmar al ejercitante con la contemplación de Alguien que vive para el Reino —y que es el Reino mismo en cierto sentido—, de modo que su vida tiene una dimensión de profundidad que trasciende la de una vida cualquiera. Por eso era preciso ese «conocimiento interno» que atisba a la Divinidad, que degusta la Misericordia de Dios actuando en Jesús. Se espera que el ejercitante salga de ahí entusiasmado y decidido, y por eso se procuraba aquilatar al máximo esta decisión.

La 'tercera semana' intenta mantener en pie al ejercitante a través de todas las dificultades que le van a salir a su opción, y que son mayores de lo que él se piensa.

En realidad, parece un rasgo inherente a toda gran opción humana de vida el que, cuando se la contempla en todo su despliegue posterior, sus dificultades han resultado mayores de lo barruntado en el momento de tomar la opción. Hasta el punto de que, si se

hubiesen podido prever todas, quizás no se habría asumido el compromiso que se asumió. Sin embargo, el hombre puede ser capaz de ir arrojando poco a poco esos obstáculos, dejando que a cada día le baste su propia malicia. Creo que es este un rasgo muy humano, y uno de esos en los que el hombre más se hace a sí mismo: de ahí lo peligroso de esa actitud típica de la sociedad técnica, por la que el hombre se niega a correr todo riesgo o a contraer todo compromiso no programado; o rompa con excesiva facilidad compromisos anteriores alegando que «no sabía» a qué se comprometía cuando dio el paso. Esa actitud olvida que el compromiso humano no es sólo mera ratificación de una realidad ya previamente poseída; sino que, en buena parte, es también creación de esa realidad.

Todo eso que es típico de la existencia humana en general, es prototípico de la opción creyente por el Reino. Hacer de la propia vida cauce y transparencia de una Misericordia a la que se reconoce como sentido último y raíz de todo, suena a programa maravilloso y a palabra contagiosa y convincente. Pero los contenidos reales de ese programa no siempre contienen tanta lírica como sus formulaciones. Por ello se hace necesario curtir al ejercitante que ha optado así. Para eso, lo pedagógico será hacerle vivir **de antemano** todas las dificultades, para que luego no se sienta desprevenido ni llamado a engaño. Las vivirá, no directamente en su propia carne, pero sí en la carne de Aquel a quien sigue y que ahora lo supone todo para él. De tal manera que, en cierto sentido, el ejercitante ha de ser no sólo testigo sino partícipe de esa dificultad, ante la cual no deberá arredrarse después. De ahí la petición de esta semana: dolor con Cristo doloroso y quebranto con Cristo quebrantado [203].

Tiene pues la 'tercera semana' una doble finalidad: por un lado crear una situación de **sym-patheia**, de compasión, expresada por la petición que acabamos de citar; y, por otro lado, crear una situación de «ejemplaridad», expresada por la recomendación de «considerar cómo la Divinidad se esconde» [196].

Este escondimiento de la Divinidad es, en efecto, la última raíz teológica de todas esas dificultades que ahora quizás no sospecha el ejercitante, ilusionado por la belleza del programa. Es la **kénosis** de Dios en el mundo, que nace de la **kénosis** de Dios en Cristo, y que constituye el escándalo del creyente, la demostración de la enorme seriedad del mal, y la raíz de la frustración de la historia. Por eso la Pasión debe ser leída y meditada extendiéndola, por una parte, a toda la historia en la que, como ya decía Pascal, «Cristo sigue en agonía». Y, extendiéndola, por otra parte, a toda la vida de Jesús, que la Cruz asume y de la que decide: la 'tercera semana' como consecuencia de la 'segunda', y no como simple obs-

táculo marginal e innecesario y que podría ser apartado del camino. La Divinidad no se esconde sólo en la pasión de Jesús, sino en toda esta vida nuestra, en la que tantas veces nos faltan las señales más elementales de la Misericordia, en toda esta **hora** «en que los que os maten creerán dar culto a Dios» (Jn 16, 2). Resulta impresionante ver esta frase, casi cínica, en los labios de Aquél, que sabemos tenía la experiencia más profunda de la paternidad de Dios. Y así sucesivamente.

También la otra finalidad de esta 'tercera semana' —la que expresa su petición y que hemos definido como situación de **sym-patheia**— ha de ser extendida de la pasión de Jesús a la pasión del mundo: el dolor con Cristo doloroso es también dolor con el mundo dolorido, cuerpo real de Cristo y lugar actual de encuentro con El (cf. Mt 25, 31ss). Pues Jesús **es** el Reino, y el Reino es lo que padece en todo este mundo doliente.

La 'tercera semana', por consiguiente, marca un momento duro. Pero no es la dureza de un campo de entrenamiento para kamikazes; y la consideración de la oración del Huerto y de la debilidad de Jesús debe dejar esto bien claro desde el principio. Más bien intentará sacar del ejercitante por esta vía de la com-pasión (en el sentido más doble del término), lo que ya no se le podría pedir por un imperativo directo. Lo que el imperativo ético ya no puede pedir, quizás lo dará (más que exigirlo) el hecho existencial de Cristo y del mundo cristificado que me afecta. Realizar al hombre no es un hermoso programa fácil; sino un programa incomprensiblemente trágico. Quizás el hombre de hoy necesita más particularmente esta consideración, por cuanto nos hemos acostumbrado en exceso a considerar el dolor del mundo exclusivamente bajo el punto de vista del análisis **técnico**, como el médico que discute causas y efectos sin importarle ya demasiado el dolor del enfermo. Es preciso pues que lo que, en otros momentos, se analizará socialmente, sea vivido ahora espiritualmente como pasión de Cristo, pasión del Reino y, en definitiva, como pasión de Dios y, por eso, como pasión propia. Por aquí creo que discurre la función de la 'tercera semana' y de la Divinidad que se esconde. Porque en fin de cuentas, cuando la Divinidad se esconde son también el hombre y el mundo los que se nublan.

Otra vez hemos de prescindir de los contenidos concretos de estos «ejercicios» (ya he apuntado la enorme importancia que doy a la oración del huerto). Pero quizás valga la pena subrayar que es muy útil dedicar algún ejercicio a la fe y fidelidad de Jesús, que engloban toda la historia de su vida y pasión.

Y otra observación: quizás es este el momento de retomar algunos temas concretos, que pudo parecer que quedaban orillados por la interpretación que hicimos. Por ejemplo, el tema de Dios.

Era muy frecuente en los esquemas tradicionales comenzar los Ejercicios con una meditación sobre Dios, que se centraba inevitablemente (y no podía ser de otro modo) en la relación Absoluto-creatura. Sin perder nada de lo que tenía de válido, aquella meditación puede ser recuperada ahora, ante el Crucificado, en una especie de **ecce Deus**, añadido al **ecce Homo** Joanneo, que sitúa la relación Absoluto-creatura en el marco misterioso del Dios cercano, a merced del hombre e identificado con él en Jesús. Desenmascarados los ídolos por la Cruz, el «tanto-cuanto» ignaciano puede recobrase desde el Crucificado, en el sentido de que nada es fin: ni la santidad es fin, ni la Iglesia es fin, ni la democracia es fin, ni el socialismo es fin... Y en su idolización está siempre el pecado.

Y por ejemplo también: el tema de la muerte. La muerte de Jesús conduce a otro cambio del sentido de este tema, que deja de ser una «verdad eterna», para pasar a ser una transformación de la dura «verdad» de esta vida. La muerte es, sin duda, la verdad que «subyace» (Heb 9, 27) a toda vida humana. Pero, si no se supera este nivel de consideración, la contemplación de la muerte sólo dará lugar, en el mejor de los casos, a una cierta «sabiduría»: a una especie de desprendimiento relativizador de las cosas y teñido de cierto ascetismo distante. Sin embargo, cristianamente, hay que decir más: no sólo que la muerte es la verdad que subyace a toda vida humana; sino que esa verdad última ha sido transformada: que, en adelante, morir es morir **en Cristo** y es, por eso, pascua y paso. Y ello posibilita anticipar la muerte y aceptarla ya desde ahora, como paso a los brazos del Padre, en lugar de sólo defenderse de sus heridas mediante una cierta desesperanza o escepticismo inmunizador. Precisamente esta experiencia de la muerte como «paso» ayuda a curtir al ejercitante para las diversas «muertes» concretas que trae consigo el seguimiento de Jesús, y la puesta de la propia vida al servicio de la Misericordia.

III. — EL «OFICIO DE CONSOLADOR» DEL RESUCITADO

La 'cuarta semana' es inseparable de la 'tercera' cuyo reverso constituye y con la que forma, por tanto, una unidad. En realidad, para que el ejercitante esté «curtido» ante todo lo que pueda venirle, no hace falta sólo que lo conozca y lo haya previsto. Es preciso que sepa además que tiene un sentido. Un sentido que no sólo es razonable desde el punto de vista intelectual; sino también experimentable existencialmente. Y un sentido que no sólo podrá quizás ser atisbado después; sino que ya ha sido revelado antes, en la Resurrección de Jesús.

La 'cuarta semana' considera como fundamental y como necesario el que se haya pasado por la experiencia de ese sentido. Pues es coherente, desde el punto de vista psicológico, el que, en el momento mismo de la oscuridad y de la dureza, no exista manera de descubrir la posibilidad de integración de aquellas horas negras que, de otro modo, dejarían de ser tales. El mismo que dijo: «Dios mío ¿por qué me has abandonado?» es aquél en cuyos labios aparecen estas palabras: «¿Acaso no era necesario que el Mesías pasase todo eso...? (cf. Lc 24, 26ss). He aquí la función de la 'cuarta semana'.

Utilizo la palabra «sentido», en vez de la ignaciana «consuelo»; porque no se trata de rebajar la cantidad del dolor, sino, en todo caso, de situarlo en otro contexto: un contexto que sólo si previamente ha sido vivido y asimilado, dejará quizás en pie algún empeño o fibra que trate de hacerlo presente en el momento de la noche oscura. Y, aun así, no conviene desconocer que en la vida existen situaciones de tal brutalidad, que, probablemente, serían capaces de destruir absolutamente a cualquier persona; sólo hay que evitar la pretensión de que tales situaciones ya se dan simplemente cuando la dureza de la vida me afecta a mí, en mi carne, en vez de afectar a otros...

En resumen, la 'cuarta semana' ilumina a la 'tercera' no en cuanto que le niega su brutalidad, sino en cuanto que le niega la última palabra (y «última» no sólo en el sentido cronológico). Esta misión consoladora intenta evitar que la dureza de la 'tercera semana' quede reducida a una cuestión de empeño y fuerza de voluntad. El cristianismo no es una religión para héroes, aunque haya arrancado de muchas personas los actos más heroicos. El ser humano tampoco está hecho con madera de héroe, aunque pueda haberse comportado como tal en algún momento. El esfuerzo que es fruto de la voluntad y del imperativo categórico, acaba por criar mala sangre y por endurecer a las personas; y esta es una de las lecciones más repetidas por la vida. En cambio, el sacrificio que ha brotado del cariño, de la espontaneidad y del caudal de gozo, no endurece tanto. Es capaz de hacernos más comprensivos, o por lo menos, menos tensos. Cuando no hemos sido generosos por la fuerza de alguna ley, tampoco trataremos de imponer la ley a los demás. Lo que cuenta decisivamente para poder ser cauces de la Misericordia, es evitar convertirse en personas de ésas a las que el bien, en vez de haberlas hecho bondadosas, las ha vuelto resentidas, hurañas o de mal genio. Si el cristianismo no es una religión para héroes, los Ejercicios no pueden ser, en absoluto, un campo de entrenamiento de guerrilleros, kamikazes o terroristas del bien. Y, por más alienante que esto pueda parecer a todos los reductores «éticos» del hecho cristiano, qui-

zás ahí reside el desafío decisivo del cristianismo: su debilidad que es la fuerza de Dios (cf. 1 Cor 1, 24).

Esta es entonces la importancia de la 'cuarta semana'. Quizás ahora se vea cómo, sin ella, queda efectivamente manca no sólo la 'tercera', sino toda la experiencia espiritual de los Ejercicios.

Para ello puede ser muy buena ayuda el considerar despacio la **transformación** de los apóstoles, ocurrida a partir de un escándalo, que, en algún sentido, era más insuperable que el del propio Jesús. Y en la que aparece suficientemente claro que aquellos hombres no regresan por una especie de imperativo moral de ser más fuertes que las dificultades: vuelven porque **algo** les ha transformado. Y ese es el «oficio de consolador» del Resucitado.

Son igualmente ayuda las leyendas postpascuales de los evangelios, que difieren incluso literariamente del resto del texto evangélico; y donde, incluso al nivel de recurso literario, la presencia de un tema tan humano y tan extraño como el de la sorpresa, contribuye a sugerir un clima nuevo en el que el «oficio de consolador» no necesita ya ser descubierto por aquel «conocimiento interno» que había de captar a la Misericordia como presente en Jesús. Ahora se impone más bien por sí mismo, en una situación que era de aparente ausencia de consuelo, y a partir de un determinado **gesto** del Resucitado que ilumina de repente todas las oscuridades anteriores, como pasos en el proceso que ha llevado hasta su Presencia actual victoriosa y definitiva. Ojalá que esta experiencia pascual llegue a crear en el ejercitante unos ojos nuevos o un nuevo «conocimiento interno», que esta vez sea capaz de descubrir, que, debajo de todo este dolor del mundo y del compromiso en los que «la Divinidad se esconde», se halla la Resurrección. No precisamente por encima de ellos, como si fuera un manto piadoso o una gasa que cubre la herida y nos dispensa de verla mientras la herida sigue existiendo. No precisamente así, sino más allá de toda esa dureza que, como hemos subrayado, queda transformada, pero no negada ni suprimida.

Pero otra vez hemos de insistir en que aquí no se trata de ofrecer contenidos concretos; sino de describir los pasos de una experiencia espiritual, gradual y compleja, por cuanto su innegable simplicidad está hecha de una constante e incómoda dialéctica. Permítase por tanto que, antes de concluir, reproduzcamos una vez más las diversas etapas de toda la experiencia que hemos intentado describir.

a) Una **primera experiencia** que es ya raíz y germen de toda la trayectoria: la profundidad inaudita del mal y la realidad increíble de la Misericordia ('primera semana').

b) Un **segundo momento** que es, en cierto modo, el decisivo de los Ejercicios ignacianos: la comprensión cristológica de que esa Misericordia victoriosa no actúa si no es por los hombres y a través de ellos ('segunda semana').

c) La constatación de que ese actuar no es camino fácil, sino lleno de dificultades y de posibilidades de fracaso: que se da en medio de esta misma vida y sin eliminar nada de su prosa, su dureza y hasta su escándalo ('tercera semana').

d) Y finalmente, como **último paso**, la vivencia de que toda esa dureza que se le ha puesto delante al ejercitante y que a lo mejor crea temor o inseguridad, está iluminada. No es sin más opaca, sino que tiene un sentido ('cuarta semana').

Esta sería en mi opinión la experiencia espiritual que intentan comunicar, o, si se prefiere, la trayectoria experiencial por la que intentan llevar los llamados Ejercicios de san Ignacio.

